

Introducción

Trabajar con la psicosis parece cosa de locos. Lo es más aún desde el psicoanálisis ya que la suscripción de la existencia del inconciente nos remite a intentar escuchar algo que no se dice en un lugar respecto del cual no se puede probar la realidad de su existencia. Esto nos hace un poco excéntricos, orilleros, odores tangentes, moradores de los bordes, algo así como borderlines. Nos movemos en los bordes, en los pliegues de la locura para intentar escuchar allí las trazas significantes, las huellas perdidas, las marcas olvidadas y recónditas que los locos deslizan en sus decires, en sus parloteos, en sus incoherencias. Hay que hacerse el loco para poder escuchar las voces de la locura.

Odores de la locura nos pasamos muchas horas intentando escuchar allí donde sólo se oye. Son horas pacientes en medio de las cuales deslizamos las hebras o los retazos de una palabra que pueda dar la marca de algún atisbo de asociación posible, de algún destello que remita a una metáfora que insiste a media lengua. Devolvemos palabras con cortes y cadencias que insistan en marcar las hiancias en un lenguaje monolítico. Intentamos retrotraer la palabra que vela una resonancia que se desvela en las marcas del asombro de la propia escucha del loco que en ese pequeño gesto se revela sujeto. Buscamos que como frágiles equilibristas nuestros locos se sujeten de los bordes de unas palabras que aunque irremediabilmente perdidas a veces dan a ver las incertezas neuróticas de la duda, en las vacilaciones, los tropiezos, la sorpresa y el asombro que le generan a si mismos sus propios discursos delirantes.

Esto nos permite afirmar que los locos no están todo el tiempo locos.

La locura no lo es siempre.

Las más de las veces paradójicamente es metáfora de si misma.

Este modo de abordar la psicosis desde el psicoanálisis permite algunas veces, escucha mediante, como sutiles alarifes reconstruir los límites y los espacios perdidos y olvidados de los locos en la morada ajena y adorablemente miserable que habita todo sujeto consecuencia de cargar con el destino de su propia neurosis.

Así los locos a-sujetados a medias recobran las más de las veces los rumbos de la neurosis lo que les permite ser portadores de si mismos. De sus miserias, alegrías, quebrantos, ilusiones y en algunos casos de sus sueños.

Pasan las más de las veces, si logran desprenderse del goce y del enamoramiento que le generan sus propios síntomas, de imaginarse príncipes en la locura de sus delirios a ser mendigos en las miserias de sus neurosis.

No sé si hacemos bien. Quizás lo que hacemos sea una locura.

De eso dudamos, no estamos seguros. Al fin y al cabo desde el psicoanálisis no tenemos ninguna certeza.

Ejemplos en la clínica donde las trazas de los significantes son capturados en los deslices que el delirio siempre provee, hay suficientes.

De ellos habría que distinguir los que pueden como frágiles equilibristas se pueden tomar del impulso de la metáfora y caminan vacilantes por la cuerda de la neurosis y los otros, los que en la ortopedia permanente de la construcción de un sinthome hacen de su vida una metáfora que los mal sostenga en el día a día de sus existencias.

Una distinción que hace de límite a la psicosis entre aquellos que se equilibran caminando como o aquellos que sólo alcanzan a sujetarse.

Caminantes vacilantes y a-sujetados. Portadores del significante y herederos del significante. Sujetos sintomáticos y sujetados en el sinthome.

De los últimos leeré un caso en esta exposición que nos permitirá dar cuenta de las inscripciones y sujetamientos que el sinthome posibilita.

De los primeros relataré algunos fragmentos de casos para dar cuenta de la operación significativa en los bordes encubiertos de ciertas operaciones de habla.

Macarena.

Macarena concurre a la consulta muy medicada y con un diagnóstico de psicosis establecido a partir de ciertas producciones delirantes. La familia me la remite porque al parecer le han referido que yo suelo ver este tipo de casos, que a lo mejor “ hablando de lo que le ocurre, pueda estar mejor”. Al parecer la terapia fármaco-lógica instalaba una lógica que a la familia se le hacía demasiado muda.

Macarena sufría de alucinaciones que la hacían ver en los fluidos de su cuerpo otra cosa que lo que realmente fluía. De este modo un flujo vaginal inocuo era un sangreamiento. El vaciamiento de un a espinilla era señal que la purulencia que por allí destilaba estaba dando cuenta de un carcinoma maligno. Percibir estos flujos le provocaba un pavor que la hacía correr de médico en médico buscando la verificación de los supuestos males que se desprendían en los flujos de su cuerpo. Ella fluía de examen en examen buscando la prueba de la existencia o de la inexistencia de una sentencia de muerte.

De ilusiones se trataba entonces y no de alucinaciones. De ver allí en un objeto otra cosa. La cuestión era un fluido por otro. Esto en el análisis empezó a fluir permitiendo que confluyeran las asociaciones que posibilitaron hacer metáfora de la diferencia en vez de superponer una realidad sobre la otra.

Macarena durante varias sesiones habló de su padre que en realidad no fue sino su padrastro. Así en el lugar del padre biológico aparecía el padre funcional. Este padre a quién ella no puede olvidar muere como consecuencia de un cáncer que se le instala subrepticamente. Ella aún no lo olvida después de más de cinco años de su muerte. Macarena empezó a alucinar-ilusionar después de su muerte.

Antes de esto, hace 20 años su padre biológico muere en los Estados Unidos como consecuencia de un Sida contraído involuntariamente en un hospital producto de una transfusión de sangre, en los tiempos en que aún no existían las actuales prevenciones. De este modo Macarena tiene dos padres muertos de una enfermedad contraída subrepticamente.

Marca de muerte que retorna en la auscultación permanente de los designios de unos fluidos que habrían de portar la consigna de un cáncer por venir. En cierto modo Macarena supone, entre la culpa y el goce, que no le puede tocar ni más ni menos que a su padre.

Cada vez que Macarena encara un nuevo examen acerca de alguno de su fluidos se angustia por la idea de la ratificación de una sentencia de muerte por venir.

Tomada por la angustia se presenta en la consulta aterrada por que le toca hacerse el Papa-Nicolau.

Esta vez el flujo de la muestra adherido al significativo le provee un nombre desde donde inscribir la traza significativa de las asociaciones. Macarena genera las operaciones de sustitución y desplazamiento en el nombre del examen para de ese modo hacer fluir en el fluido de la muestra otra cosa que ya no la sentencia de una muerte esperada. La Muestra muestra la cara de un padre, el suyo, esta vez un padre muerto en una operación metafórica de sustitución. En el nombre se desplaza el de su padre funcional y biológico ya que Nicolau condensa las letras principales de ambos.

Yo le digo ¿ Tendrá que morir alguien más o con dos padres la muerte se cobró ya suficiente? ¿Tendrá que seguir haciendo de un simple Papanicolau una ceremonia fúnebre infinita?

Macarena ríe y en ello desliza la sorpresa del asombro de una nueva ilusión : hacer de la muerte ,vida.

Magdalena

Magdalena alucina. Producción delirante que la desde hace más de dos años la ha mantenido en tratamiento psiquiátrico. Los fármacos no le han podido acallar las voces. Los afanes de furor curandis de la medicina han intentado lo que mejor hacen y consecuentemente lo que más goce les produce : acallar los síntomas, esto es dominarlos, vencerlos.

Las voces insisten en hacerse oír.

Una serie de electrochokes ejecutados con impecable disciplina se le administran en un hospital militar. Eso la deja plana según Magdalena , pero las voces ...insisten.

La demanda con la que concurre ella y su madre a la consulta es más la de la búsqueda de un milagro más que la esperanza de la cura por el psicoanálisis. Yo pienso que al fin y al cabo la cura por la palabra si bien no es un milagro puede ser algo prodigioso. Para ello debe ocurrir algo singular, ni más ni menos que lo que remite a la regla fundamental, que alguien asocie libremente y que otro escuche en atención flotante. Sin memoria ni deseo al decir de Bion.

Escuchar , escucharse y escuchar lo que se escucha en la escucha. Significante que insiste al modo de las alucinaciones auditivas de Magdalena. Escuchar lo que hasta aquí sólo se oye. Atender ya no a la sonoridad de la producción delirante sino al delirio mismo.

Tenemos unas primeras entrevistas de donde se desprende la atipicidad de las voces. No son voces punitivas, de autoinducción, de mandato, no imponen tareas ni reivindicaciones. Sólo le hablan al decir de Magdalena. Se angustia porque le hablan más allá de si misma. Los temores acerca del propio goce del analista por escuchar lo que a veces sólo se dan a oír no deja de estar presente. Los temores acerca de delirar con el delirio ajeno no están ausentes. No obstante me avoco a escuchar el delirio intentando buscar una traza significativa.

Magdalena sufre hace dos años atrás un intento (según ella hasta aquí lo refiere) de ataque sexual por parte del chofer de un autobús (en Chile se llaman Micros). No era más tarde que la nueve de la noche y en un sector de altos ingresos en Santiago, incluso en una calle no muy apartada, Magdalena decide bajarse en una parada más allá de la habitual ya que de ese modo quedaba aún más cerca de su casa. Por esos hechos fortuitos ella es la última pasajera. Al intentar bajarse, el chofer apaga las luces del bus y sigue de largo en una frenética carrera hasta llegar a un sitio eriazado, vacío y absolutamente solitario. Allí el chofer del bus intenta acercarse a ella y tocarla. Ella se defiende y grita de tal manera que finalmente este abre la puerta y la expulsa de la micro. Magdalena pide socorro en una casa cercana desde donde llaman a su madre para que la venga a buscar.

A partir de es día Magdalena no puede subir a las micros sin que la tome la angustia. Empieza a escuchar voces y sufre ataques de pánico. Se desmaya, las voces le hablan, se angustia, tiene miedo.

Después de algunas entrevistas con Magdalena donde podemos hablar de las voces, del trauma del intento de violación, del período en que se alcoholizaba para olvidar a las voces, de lo que las voces no cesan de no decir, de lo no dicho, de lo que insiste, de lo

que se dice , de lo que se calla, la madre me llama y me anuncia que Magdalena esta hospitalizada.

Que tuvo miedo y se hospitalizó voluntariamente . Que quería que le acallaran las voces. Que de ese modo los medicamentos la calmarían.

Yo me doy cuenta que escuchar demasiado puede volver a hacer brotar la angustia. Que saber acerca de lo que nos habla no nos hace necesariamente más felices. Lo que de seguro nos permite es hacer una mejor cosa con nuestros padecimientos.

Magdalena me llama desde el hospital. A pesar de tener una excelente comunicación. Se oye perfectamente. Ella insiste y me dice reiteradamente desde el otro lado de la línea : ¿ Me escucha? ¿Me escucha?.

Yo le contesto que sí, que no dejaré de hacerlo.

Entonces ella me dice : ¿ Se acuerda que yo no sabia decirle como eran esas voces claramente? Bueno, las escucho como si me estuvieran hablando desde un Micro-fono.

Yo le digo que los micrófonos a veces se “acoplan” e impiden que la voz se escuche y de ese modo no se entiende lo que dicen. Le digo que si uno toma una cierta distancia al final la voz se puede escuchar . Magdalena se ríe. No se escucha esa risa muy claramente pero es más que una sonrisa ya que no se da a mirar , apenas audible se ofrece a la escucha del otro.

Me dice que la próxima semana al salir del hospital regresará a sus sesiones. Le digo que yo estaré allí para escucharla. Se despide con un : fue rico hablar con Ud., fue bueno escucharlo.

¿ Voracidad significativa , Goce del analista, micro-escucha?

Como nos enseña Lacan en microfonía habrá que seguir escuchando la traza del significativo.

Con la ejemplificación de estas dos viñetas clínicas que dan cuenta del intento por oír la vertiente significativa de las voces de la locura podemos dar cuenta de dos casos de diagnósticos de psicosis que en la insistencia de una escucha analítica hacen tangencia a una hebra significativa. Podemos decir de ellos que se trata de un significativo portado, del Caso que expongo a continuación como muestra de la construcción de un sinthome en la psicosis diremos que se trata de un significativo aportado. En este último caso la problemática radica en como el loco se hace un nombre o se constituye en la diacronía del cada vez un cierto nombre que opere como ortopedia significativa.

Pierre o la difícil oración al Padre.

Este es un caso con el cual me encuentro al modo de un hallazgo en una iglesia de Paris con ocasión de visitar una iglesia en esos intervalos que permiten los Congresos. En este caso se trataba de mi concurrencia al congreso de Analyse Freudienne del cual soy miembro.

Un poco cansado de las dificultades por entender una lengua mal traducida y agotado de un esfuerzo por comprender me escapo a visitar las calles y entro a la Iglesia de.....

En la Iglesia se llevaba a cabo un oficio donde un coro de claustro entonaba con voces muy hermosas los cantos de la liturgia. Al parecer era una ceremonia ecuménica que hacia que las lenguas se confundieran como Babel. Me sentía desde hace mucho excluído del lenguaje por esta imposibilidad de comprender tanta lengua impropia.

Cuando eso ocurre uno se prende de la mirada. Por eso los turistas intenta ver demasiado.

A mi voyerismo obligado se sumó la empatía natural que tenemos los psicoanalistas con la locura. Los locos nos reconocen como verdaderos hermanos, parientes o familiares. Lo que de seguro ocurre que aún tomados de su propia enajenación nosotros no le somos tan ajenos. Leen en nosotros una cierta soltura o cotidaneidad con la locura que los acerca. Le somos en cierto modo tan Heimlich en lo Umheimlich al decir de Freud en el texto de los siniestro.

De pronto un sujeto sentado en la primera banca, muy cerca del altar, al igual que yo, me mira y sonrío haciendo una pequeña reverencia. Es un hombre entre 45 y 50 años que por la gesticulación excesiva y un tanto bizarra que acompaña su saludo parece psicótico. De pronto apunta hacia el lugar de la cruz y del sagrario para indicarme el lugar del padre. Cierra los ojos para indicarme que de ese modo lo puede ver mejor. Cierra los ojos para decirme la dificultad de ver. Después llevándose el índice a la comisura de los labios los clausura en el gesto universal del silencio.

Me acerco y el no demuestra por ello ninguna reticencia.

Me saluda con la mano reverencialmente y con una solemnidad exagerada.

Me presento con mi nombre a lo que el responde volviendo a darme la mano sin pronunciar el suyo. Le pregunto acerca del nombre y el me muestra con su índice la imagen de Cristo y el sagrario susurrándome: "Le pere". Después se lleva el dedo a la boca y hace el gesto del silencio. Repetimos este ritualismo de manos y de referencias a un padre silenciado hasta que de pronto me dice: Pierre.

En mi lengua nativa me percató que Pierre y Pere remiten a una cierta homofonía.

¿Será que Piere tiene que acudir a un Padre que por demasiado silente sólo lo constituye en la presencia de un sagrario? ¿El padre de Pierre habrá sido de suyo tan ausente de palabra como para que Pierre se tenga que venir a autorizar un nombre día a día frente a este Padre que le garantiza que no va a faltar? ¿Cómo poder quedar en falta con un Padre todo omnipresente y omnipotente?

De este modo a Pierre le alcanza para pediré prestado apenas las trazas de unos fonemas que le armen la ortopedia significativa de un nombre que lo mal sostenga.

Pierre construye la categoría atemporal de un presente infinito en el ritualismo de hacerse un nombre concurriendo varias veces por día a los ritos de esta iglesia para pedirle al Padre unas letras que le sirvan para inscribirlas en la precariedad de un nombre.

Después de "armarse" en un cada vez de un cierto nombre impropio Pierre recorre las calles vecinas a la iglesia haciendo el trabajo de un distribuidor de panfletos turísticos. Extranjero en su propia ciudad, turista de su propia morada arma ciertos recorridos que le permite reconocerse y hacerse reconocidos por otros. Es saludado, asistido y cuidado por los moradores del barrio. Después de algunas horas regresa presuroso a la iglesia para verificar el mismo rito. Ceremonia de una nominación imposible que no obstante le arma y lo provee de un sinthome que en cierto modo lo constituye. Nominación en lo real, a la letra que le permite re-conocerse y re-hacerse en un cada vez.

Como un nombre primigenio, configurado por el mismo barro de la génesis que en este caso por insuficiencia porta la marca de su propia disolución.

Pierre es un orador silente que ausente de donación de un padre mudo recibe silenciosamente en un precario préstamo las letras del Gran Padre que le permiten armarse un nombre.

En uno de los retornos de Pierre a la iglesia lo espero. El me reconoce y me saluda diciendo su propio nombre. Las genuflexiones, el ritualismo y la solemnidad no varían. Pero esta vez me saluda a nombre propio.

De pronto apunta hacia el altar y me dice : “Le Pere”. Después se toca con la mano el corazón y moviendo la cabeza me dice “tre difícil” (muy difícil). De seguro para Pierre la cuestión del padre le toca el corazón profundamente, se le hace tremendamente difícil atisbar que lo más seguro es que lo pueda encontrar en lo real , incluso en la imagen del Cristo en el sagrario , ya que en lo simbólico de la interioridad de un corazón, allí nunca estuvo. Me pregunto si Pierre podrá avanzar un día hasta la Iglesia del Sacre Coure. Es cierto que queda más distante de esta, es casi un viaje y probablemente por ello esa iglesia le quede demasiado lejos. Es probable que su nombre apenas articulado en un sinthome no le alcance nunca para llegar a cubrir grandes distancias. Tal vez en ese viaje de seguro Pierre se perdería y más vale de turista en las proximidades de su iglesia que enajenado en una demasiado distante.

Finalmente Pierre me sorprende con un último acto de este rito constituyente, esta vez espera que terminen los oficios y al salir saluda con la mano a los numerosos parroquianos pronunciando en un cada vez su nombre. Observo que esto se puede entender como una sobre inscripción de la precariedad de un nombre articulado en un presente demasiado fugaz.

Al irse los parroquianos se hinca , me mira , apunta al sagrario, me dice : “Le Pere”, se toca el corazón, me dice “tre difícil” y después yo diría que incluso con una cierta tristeza, sella sus labios con el índice en un gesto de solemne silencio.